

A Companion to Twelfth-Century Schools

CÉDRIC GIRAUD (ed.) (2020).

Leiden: Brill

332 pp., ISBN: 978-90-04-32326-1



Esteban Greif

Universidad de Buenos Aires / CONICET, Argentina

ORCID: 0000-0001-6335-5595

Pocos episodios de la Edad Media resultan tan significativos para la producción y la circulación de conocimientos en el mundo europeo como el desarrollo de la tradición escolar occidental del siglo XII. Su estudio, que implica asir el variado conjunto de instituciones, recursos y personas que abarcó dicha tradición, es, por lo tanto, una tarea de suma complejidad. Sin embargo, gracias a la obra editada por Cédric Giraud y publicada en la colección *Brill's Companions to the Christian Tradition* es posible empezar a transitar el camino hacia una comprensión de conjunto del despliegue institucional de las escuelas medievales.

Compuesto por 12 capítulos, el libro *A Companion to Twelfth-Century Schools* recorre diversos aspectos sobre la emergencia de las escuelas urbanas y su vínculo con el mundo monástico, las relaciones entre los maestros y sus estudiantes, las artes del *trivium* y del *quadrivium* y la forma en la que eran enseñadas, el currículum de estas escuelas, los textos que circulaban y sus tipologías, los personajes y las obras sobresalientes, así como el tipo de formación y los centros más destacados para el aprendizaje de diferentes disciplinas como la medicina, la teología o el derecho.

De esta manera, el libro comienza con una sucinta introducción donde son presentadas las coordenadas historiográficas generales que permiten ubicar una serie de conceptos fundamentales para abordar el período y el objeto del libro. De tal modo, Giraud precisa algunos trabajos fundamentales que han establecido las categorías principales para el estudio no solo de las escuelas, sino de todo espacio y producción cultural del período. En este sentido, *Los intelectuales de la Edad Media* de Le Goff (1957) o *el Renacimiento del siglo XII* de Haskins (1927) son algunos de los libros que proporcionan los términos centrales que el editor del libro precisa en esta primera parte y que resultan útiles para el recorrido que sigue en las diferentes secciones de la obra.

El primer capítulo, a cargo de Constant Mews, revela algunos aspectos del funcionamiento social de las escuelas, así como su distribución en el mapa de Europa

y los estudios que predominaban en cada una de ellas. De tal modo, el autor elucida algunos aspectos generales del funcionamiento de las distintas escuelas que existieron en Inglaterra, Francia, la Península Ibérica y el Sacro Imperio. Mientras que París destacaba por los estudios y la enseñanza de la Teología, las escuelas del norte de Italia constituyeron los centros más importantes para el estudio del derecho. Asimismo, describe el lugar que tuvieron algunos de los intelectuales y maestros más destacados en estas instituciones como Gerardo de Cremona, Adelardo de Bath o Hugo de San Víctor y –más interesante aún– las rivalidades entre maestros, las comunidades de estudiantes y la diversidad nacional y étnica que confluía en cada una de las escuelas de Europa.

En el segundo capítulo, Thierry Kouamé se ocupa de analizar la forma particular de organización que desarrollaron las escuelas urbanas. En este sentido, destaca algunos de los aspectos de la tradición monástica que continuaron presentes en la cultura escolástica que emergió en el siglo XII. De tal modo, es posible entrever la pervivencia de los elementos de dos tipos de instituciones que muchas veces son presentadas como espacios separados y mutuamente excluyentes. Kouamé se detiene también en el análisis de los conflictos que se suscitaban entre diversas jerarquías eclesíásticas y las escuelas, sobre todo en torno a la potestad de otorgamiento de la *licentia docendi*. De esta forma analiza la figura y las tareas desplegadas por el maestro escolástico, así como la de los maestros auxiliares que cumplían diversas funciones pedagógicas y administrativas y su rol en la formación de docentes y funcionarios.

El siguiente capítulo, de Jacques Verger, resulta central no solo en el conjunto de la obra, sino como herramienta de comprensión de la producción intelectual bajomedieval. El autor se ocupa de la compleja tarea de analizar la dinámica propia de la cultura monástica en la producción de conocimientos y la tarea docente y su relación con el mundo de las escuelas. De esta manera, frente a la lectura aún dominante en la historiografía que construye al monasterio como un espacio monolítico y anclado en la tradición, Verger nos presenta la

diversidad y el constante dinamismo que caracterizó a este espacio durante la Edad Media. No solo en la vida regular de los monjes, sino en materia educativa, el dinamismo de la sociedad del siglo XII fue incorporado en los monasterios. Los motivos de oposición a la tradición escolar catedralicia no resultaban de disputas teológicas, sino de rivalidades intelectuales y formas de organizar los estudios y los propósitos que orientaban la formación en cada espacio. Es decir, disputas características de un período de renovación que encontraba en el monasterio un protagonista más frente a otro que emergía.

El capítulo cuatro, por Sita Steckel, se ubica en una línea similar al de Verger. La autora revisa las narrativas tradicionales sobre la relación entre los maestros y sus discípulos. Es decir, las que consideraban a las escuelas como el espacio en el que esta relación comenzaba a estructurarse ya no desde la sumisión intelectual de los últimos a los primeros, sino desde la crítica a la autoridad. Para revisar la linealidad de estas interpretaciones, Steckel se enfoca en las escuelas teológicas del norte de Francia, donde descubre que muchas veces existió una prevalencia de la autoridad de la doctrina del *magister* entre los alumnos.

En el capítulo cinco Olga Weijers presenta una rica descripción de los principales métodos para la lectura y el comentario a los textos de autoridad que circulaban en el siglo XII en las escuelas urbanas. Entre las herramientas para el abordaje de dichos textos circularon principalmente, junto a las *summae* y *compendia*, escritos didácticos con técnicas de razonamiento dialéctico para acercarse a las obras de autoridad. La *lectio* y la *quaestio disputata* son algunos de los métodos que la autora describe en esta sección, junto a las técnicas de argumentación para el estudio y la enseñanza desplegada en las escuelas.

Dominique Poirel se ocupa en el siguiente capítulo de analizar la importante obra de Hugo de San Víctor, el *Didascalicon* y su impacto como material educativo en las escuelas del siglo XII, mientras que Frédéric Goubier e Irène Rosier-Catach, en el capítulo siete, analizan las artes del *trivium* a través de los tipos de textos en las que se desarrollaron en el período y sus principales autores como Guillermo de Champaux, Pedro Abelardo o Gilberto de Poitiers. En este sentido, la dialéctica es, en esta sección, una de las tres artes sobre la que más profundizan los autores.

El siguiente capítulo es sobre la enseñanza del *quadrivium*. La autora, Irene Caiazzo se enfoca en el análisis de los textos que eran utilizados para enseñar las cuatro disciplinas. Bajo una organización más clara que

la sección precedente, se brinda información no solo sobre los manuscritos utilizados en la tarea docente, sino en los programas y las traducciones que hicieron posible el acceso a los autores clásicos que dieron forma a las *lectiones* de los maestros de las escuelas del siglo XII.

El siguiente trabajo corresponde a Danielle Jacquart. La historiadora de la medicina medieval se ocupa de analizar, a partir de la escasa evidencia disponible, la enseñanza de la medicina en las escuelas catedralicias del siglo XII. Para esto se basa en el estudio de los únicos centros donde, según la autora, es posible discernir la existencia de una educación médica en el período: Chartres, París, Salerno y Montpellier. En la tarea de la educación médica resultaba fundamental la circulación de una serie de compilaciones de diversos textos –o secciones de los mismos– conocidas como *Articella*. Cada uno de estos integraban la base de las *lectiones* de los maestros y eran el principal vehículo de estudio de los estudiantes, cuya composición debe mucho a la gran afluencia de traducciones del árabe y el griego que desde el siglo XI comenzaron a desarrollarse en distintos centros de estudio. Sin duda, el centro de Salerno y algunas de sus figuras sobresalientes, como Constantino el Africano, jugaron un papel fundamental en el desarrollo de este *corpus* de textos, así como en la constitución de un modelo de enseñanza médica que luego se replicó en el resto del mundo europeo. Sobre este aspecto, la autora dedica gran parte de su atención.

En el capítulo diez, Ken Pennington se ocupa de la enseñanza del derecho en las escuelas del siglo XII. Registrable desde la segunda década del siglo, el desarrollo de esta disciplina fue rápido y sostenido. Desde las ciudades del norte de Italia, la circulación de textos (sobre todo de derecho romano) sirvió para la consolidación de un campo que conoció en Boloña su centro más importante. El autor dedica una parte importante de su trabajo al análisis de Graciano y su enseñanza del derecho canónico, cuya herencia puede percibirse incluso hoy en día.

En el siguiente capítulo, Cédric Giraud aborda los géneros literarios de la teología del siglo XII. El autor logra realizar una clasificación de los tipos de textos que circularon en las escuelas del siglo XII. Al igual que lo que fue señalado para los trabajos de Verger o Steckel, Giraud supera la distinción usual que opone el monasterio a las escuelas urbanas que, en este caso, clasificaba los textos vinculándolos a uno u otro ambiente. Frente a la contrastación tradicional entre una “teología monástica” bíblica y una “teología escolástica” dialéctica y especulativa, intenta superar la oposición binaria y analiza los comentarios a la biblia

en ambos ambientes. El capítulo, sumamente claro y ordenado, brinda de esta manera una aproximación general a la tipología de textos que circularon en este siglo y sus vínculos recíprocos. Por último, el capítulo final de Alexander Andréé, el más extenso de la obra, versa sobre los desarrollos en teología en algunas de las escuelas del mundo francés y analiza algunos de los trabajos más representativos, como los de Anselmo o Pedro el Lombardo, los maestros de Laón y París.

De esta forma, el libro permite al lector acceder a toda una serie de aspectos que integran la historia de las escuelas urbanas del siglo XII y la variada producción cultural y científica de la que fueron protagonistas. De esta manera, la obra cumple con el objetivo fundamental del libro, enunciado desde la introducción misma: proveer una actualización de la investigación del campo, en base a la producción historiográfica de las últimas tres décadas (p. 8). Es decir, una nueva síntesis.